

*Vivir bien con menos.
Ajustarse a los límites físicos
con criterios de justicia*



Vivir bien con menos. Ajustarse a los límites físicos con criterios de justicia

Prólogo	5
Introducción	7
1. La crisis global: el resultado de la inteligencia ciega	9
a) La crisis ecológica	11
b) La crisis social	18
c) La crisis de los cuidados	24
2. Nada puede crecer indefinidamente en un planeta con límites	28
3. Librarnos del crecimiento: menos para vivir mejor	30
a) Vivir bien con mucho menos: principio de suficiencia	31
b) Una producción ligada al mantenimiento de la vida y no a su destrucción	32
c) Un cambio radical en el modelo de trabajo	34
d) Reconstruyendo lo colectivo, potenciar la cooperación	35
e) Igualdad y distribución de la riqueza	40
f) Tejer alianzas: construir mayorías	41
Notas	43

Publica: Manu Robles-Arangiz Institutua
Barrainkua, 13
48009 BILBO
www.mrafundazioa.org

ISBN: 978-84-936523-8-8

Depósito legal:





Yayo Herrero (Madrid, 1965) es directora de FUHEM, una entidad sin ánimo de lucro dedicada a la investigación y divulgación de temas ecosociales y a la educación comprometida, laica y compensadora de todo tipo de desigualdades.

En el terreno del activismo es co-coordinadora Confederal de Ecologistas en Acción. Forma parte de los consejos de redacción de las revistas *Ecologista* y *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*.

Sus principales líneas de investigación son el Cambio Global, sus impactos ecológicos, sociales y culturales y las vías de salida, así como los vínculos y sinergias entre feminismo y ecologismo.

Es coautora de "Cambiar las gafas de ver el mundo. Una cultura de las sostenibilidad" (Libros en Acción, 2011), "Decrecimientos: sobre los que hay que cambiar en la vida cotidiana", coordinado por Carlos Taibo (La Catarata, 2010), "Claves del Ecologismo Social" (Libros en Acción, 2010), "Educación y ecología. El currículum oculto de los libros de texto" (Popular, 2007).





A modo de prólogo

¿Cómo afrontar el declive ecológico de una forma justa?

Yayo Herrero

Los seres humanos dependemos radicalmente de una naturaleza finita y de los tiempos que otras personas, mayoritariamente mujeres en las sociedades patriarcales, dedican al cuidado de los cuerpos, también finitos y vulnerables. Ambas dependencias son insoslayables, pero la cultura capitalista, y tristemente también algunas racionalidades de corte anticapitalista, se han construido de espaldas a la existencia de esa doble dependencia.

Vivir de espaldas a los límites materiales ha conducido a construir un modelo de producción distribución y consumo en guerra con las bases físicas y los procesos dinámicos que mantienen la vida. Y además este modelo es profundamente injusto y desigual y no ha sido capaz de satisfacer las necesidades básicas de la mayor parte de la población..

Nuestro mundo occidental denomina producción a la generación de beneficios monetarios sin que importe nada la naturaleza de la actividad que sostiene esa producción. Da

lo mismo “producir” hortalizas que armamento. Sólo importa que esa producción (en realidad extracción y transformación de recursos finitos preexistentes) incremente los agregados monetarios que sirven para medir el crecimiento económico.

En un planeta con los límites desbordados, en donde algunos materiales hoy imprescindibles para el funcionamiento del metabolismo agro-urbano-industrial ya se encuentran en fase de declive, el decrecimiento de la esfera material de la economía no es una opción. La escasez de combustible fósil, agua dulce o suelo fértil es ya una realidad irreversible que cotidianamente viven muchas personas, sobre todo en países de la Periferia.

Puesto que la esfera material va a decrecer queramos o no, el esfuerzo de aquellas organizaciones y movimientos sociales que defiendan la igualdad y la justicia debe centrarse en la construcción de otra economía que sitúe la producción como una categoría ligada al



mantenimiento de la vida y no a su destrucción. En esa línea resulta perentorio analizar cuáles son las producciones y los trabajos socialmente necesarios que conviene potenciar y cuáles son aquellas actividades nocivas que conviene reconvertir protegiendo colectivamente a las personas que trabajan en ellas.

Se dice que la economía es el proceso de generación de bienes y servicios que permite la reproducción social. Sin embargo, la propia reproducción social que se da en los hogares y que recae, dada la división sexual del trabajo, en las espaldas de las mujeres, es sistemáticamente ignorada, y cuando tiene visibilidad económica por estar asalariada, constituye uno de los sectores más precarios, vulnerable y explotado.

Durante demasiado tiempo el movimiento ecologista y el sindical han vivido de espaldas o confrontados. Un ecologismo social anticapitalista debe hacerse cargo de las contradicciones entre el capital y el trabajo, debe preo-

cuparse por el mantenimiento de la negociación colectiva y del derecho del trabajo. Un sindicalismo que viva enraizado en los territorios reales no puede ignorar que el modo de producción capitalista se contrapone esencialmente al mantenimiento de la vida.

Debatir el propio concepto de trabajo para que incluya no sólo la llamada producción, sino también la reproducción y la gestión del bienestar cotidiano que recae en los hogares; explorar qué sectores y actividades sirven para satisfacer necesidades humanas y cuáles hipotecan el futuro, incluso en el corto plazo; indagar qué alianzas y sinergias pueden hacer confluir en luchas comunes a movimientos como el sindical, el ecologista y el feminista, entre otros, ...Estas son tareas inaplazables en un momento en el que tejer alianzas y articular movimiento parece ser el único camino para resistir ante "el golpe de estado" neoliberal que vivimos y para construir otra realidad que pueda ser justa y compatible con el planeta que nos alberga.



Vivir bien con menos. Ajustarse a los límites físicos con criterios de justicia

Yayo Herrero

Introducción

En 1972 el informe Meadows¹, publicado por el Club de Roma, constataba la evidente inviabilidad del crecimiento permanente de la población y sus consumos. Alertaba de que en un mundo físicamente limitado, el crecimiento permanente de la extracción de materiales, de la contaminación de aguas, tierra y aire, de la degradación de los ecosistemas, así como del incremento demográfico, simplemente no era posible. Aquel informe advertía con preocupación que, de no revertirse la tendencia al crecimiento exponencial de todos esos factores, se incurriría en el riesgo de llegar a superar los límites del planeta, ya que el crecimiento continuado y exponencial sólo podía darse en el mundo físico transitoriamente. Al mismo tiempo, en esa década surge la Educación Ambiental, como respuesta al contexto social y ecológico dentro del ámbito educativo.

Más de 30 años después, una repetición del mismo ejercicio mostraba que, lejos de enca-

rarse el problema se ha profundizado en esta dinámica². La humanidad ya no se encuentra en riesgo de superar los límites de la biosfera, sino que ha llegado a una situación que Ernest García denomina de translimitación³.

La Evaluación de los Ecosistemas del Milenio⁴, un importante trabajo impulsado por la ONU, apoya las afirmaciones de los informes anteriores. Después de analizar el estado de los ecosistemas planetarios concluye que las dos terceras partes de los servicios que prestan los ecosistemas están ya alterados. De seguir por el mismo camino, dentro de apenas unas décadas podría ser completamente imposible atender y resolver los problemas de pobreza en el mundo.

Tal y como planteaba en 2008 la mesa de expertos y expertas del foro "Saberes para el Cambio" de la UNIA, el problema es que la humanidad, y sobre todo los países más ricos, siguen sin afrontar la raíz de la crisis: el conflicto básico entre un planeta Tierra con recursos limitados y finitos y un sistema socioeconómico que se basa en la expansión continua



y que avanza impulsado por la dinámica de la acumulación⁵.

Estos trabajos, entre otros, permiten afirmar que nos encontramos ante una situación de "auténtica emergencia planetaria"⁶. El estilo de vida de una pequeña parte de la especie humana está causando el cambio acelerado en los equilibrios dinámicos de la naturaleza. La naturaleza se autoorganiza y corremos el riesgo de forzar el cambio de las condiciones vitales que precisamente permitieron la expansión de nuestra especie.

La dimensión del cambio es tal, que el premio Nobel de Química, Paul Crutzen, propone que el período geológico que vivimos pase a denominarse Antropoceno, puesto que es el Homo Sapiens el mayor modelador de la corteza terrestre y quien está alterando significativamente los complejos ciclos biogeoquímicos que organizan la dinámica global del planeta⁷.

Pero el modelo de pensamiento y acción que ha dado lugar al Antropoceno no afecta sólo a la dimensión ecológica. También ha conducido a una forma de entender la sociedad, la economía o la cultura que está transformando profundamente muchos de los elementos que sustentan la condición humana: impide el acceso equitativo a los recursos y bienes que proporciona el planeta Tierra; dificulta la posibilidad de los hogares sigan manteniendo el bienestar cotidiano y de la repro-

ducción social; destruye las dinámicas cooperativas que hicieron del "animal" humano ante todo un ser social; anula la viabilidad de las generaciones futuras sobre la Tierra; simplifica los procesos de interdependencia que nos han hecho coevolucionar con muchas otras especies compañeras de aventura planetaria...

La literatura procedente de múltiples disciplinas científicas (ecología, sociología, economía, filosofía, geografía o historia) viene planteando desde hace décadas los riesgos, potencialmente catastróficos en los que estamos incurriendo, señalando que la actual crisis no es sólo económica, financiera, social o ecológica. Todas ellas operan de forma sinérgica e interaccionan unas con otras. No es posible afrontar una sola de estas dimensiones sin operar sobre las otras. Nos encontramos por tanto ante una crisis civilizatoria, que nos obliga a repensar y reconducir nuestro actual modelo hacia otro que pueda ser viable y justo.

Pero además, el cambio no puede ser lento, por más que sea difícil. Algunos de los principales problemas ecológicos que afrontamos tendrán que ser encarados en las próximas décadas. El cambio climático o el agotamiento del combustible fósil nos obligan a emprender profundos cambios estructurales en apenas diez o quince años:



Causa angustia la escasez de tiempo para reaccionar adecuadamente a las consecuencias de nuestros propios actos: el decurso global del desarrollo tecnocientífico, y la marcha de la sociedad industrial, se asemejan cada vez más a la carrera suicida de un vehículo fuera de control. Al obrar así estamos agotando el tiempo. “Ya no nos queda tiempo para seguir equivocándonos”: tal era la dramática advertencia con que Sicco Mansholt, el radicalizado expresidente de la CEE, cerraba en 1974 su libro “La crisis de nuestra civilización”⁸.

La magnitud de la crisis global que afrontamos nos lleva a la idea de establecer como propone Santos un nuevo contrato social⁹ que involucre a hombres y mujeres como parte de la naturaleza y seres interdependientes. Esta nueva visión permitirá establecer alternativas, retomar senderos que perdimos y explorar nuevos caminos que permitan vivir en armonía social y en paz con el planeta.

Desvelar la falacia del crecimiento continuo en un planeta con límites ha sido desde hace décadas el núcleo central del ecologismo. De forma más reciente, estos análisis han calado en otros grupos y sectores de pensamiento crítico que, a su vez, han complementado y enriquecido el discurso ecologista aglutinándose en torno a un movimiento que se declara objetor del crecimiento.

El decrecimiento, que es el término con el que se conoce este movimiento, constituye una corriente de pensamiento con orígenes muy diversos y procedentes de distintas disciplinas que defiende la necesidad de abandonar la lógica que sostiene el modelo de vida occidental. Pretende denunciar la inviabilidad de la sociedad del crecimiento y apunta a una disminución radical de la extracción de materiales y generación de residuos, con todos los cambios sociales, económicos, ecológicos y culturales que deben acometerse para que esta reducción se apoye en criterios de justicia social.

Fundamentalmente, se nutre de la crítica social y ecológica a la economía convencional, de numerosos análisis feministas y de reflexiones procedentes de los países del Sur. El término es, al decir de sus defensores, un eslogan, una palabra bomba¹⁰ que trata de llamar la atención sobre la necesidad de romper con la sociedad de la desmesura y la ausencia de límites, que ha conducido a la crisis global.

1. La crisis global: el resultado de la inteligencia ciega

Naredo¹¹ pone de manifiesto cómo hasta la llegada de la Revolución Industrial, los hombres y las mujeres, al igual que el resto del



mundo vivo, vivieron de los recursos que proporcionaba la fotosíntesis y de los materiales que encontraban en su entorno más próximo.

Los seres humanos aseguraban su sostenibilidad imitando el funcionamiento de la biosfera. La vida se basaba en el mantenimiento de la diversidad que existía. Todo era objeto de un uso posterior, en una cadena, un ciclo, que aseguraba la renovación de los materiales empleados. Los ritmos de vida eran los marcados por los ciclos de la naturaleza y éstos eran dinamizados por la energía del sol.

Sin embargo, las personas se alejaron del funcionamiento de la biosfera al comenzar a utilizar la energía de origen fósil para acelerar las extracciones y las producciones. La disponibilidad, primero de carbón, y luego de gas natural y petróleo, posibilitó la extensión del transporte horizontal por todo el planeta. Los bosques enterrados 300 millones de años antes permitieron abastecer máquinas, con las que se podían extraer minerales y combustible para alimentar nuevas máquinas, comenzando así una espiral de crecimiento que ha configurado la actual civilización.

La sostenibilidad de la agricultura tradicional se mantenía gracias a que las extracciones de minerales del suelo se ajustaban a los ritmos de recuperación. Los cultivos respetaban las vocaciones productivas de cada suelo y cada clima. Pero hoy, incluso las producciones que tradicionalmente han sido renovables,

como la agricultura, la pesca y la explotación forestal están dejando de serlo, ya que la inyección de energía fósil, agua, fertilizantes y las técnicas modernas han conseguido acelerar los ritmos de producción a costa del deterioro de los recursos naturales que habían posibilitado la renovabilidad de las producciones¹².

Este crecimiento masivo, sin consideración de límites, que se apoya en el manejo a gran escala de los stocks de los materiales contenidos en la corteza terrestre, conduce al deterioro del patrimonio natural que ha legado la evolución, tanto por la extracción de recursos no renovables, como por la generación de residuos, resultando en el extremo globalmente inviable.

Los cambios que se dieron en la forma de entender la economía, tienen su origen y apoyo en una concepción mecanicista y utilitarista de la naturaleza que se consolidó a través de la mirada sobre el mundo que proyecta la ciencia nacida durante la Modernidad.

En efecto, la ciencia moderna se constituyó en el supuesto de que el pensador podía susstraerse del mundo y contemplarlo como algo independiente de sí mismo, siendo el conocimiento generado absolutamente objetivo y, supuestamente neutral y universal. La revolución científica condujo a conceptualizar la naturaleza como una enorme maquinaria que podía ser diseccionada y estudiada en partes.



La naturaleza pasaba así a ser considerada un autómatas sujeto a unas leyes matemáticas eternas e inmutables que determinan su futuro y explican su pasado.

En la actualidad sabemos que este modelo diseccionador, que ha sido tan útil para aplicar en la industria, ha resultado enormemente dañino para la vida sobre la Tierra. La lógica de las cosas muertas¹³ no sirve para entender el mundo vivo. En un ecosistema, vegetales, animales y microorganismos cooperan intensamente y, por ello, no puede ser comprendido estudiando cada parte por separado.

La visión atomizada y dispersa de la realidad tiene importantes repercusiones en nuestro entorno. Muchas decisiones en temas de ordenación del territorio, de creación de infraestructuras o de lanzamiento de productos químicos o semillas transgénicas al medio, alteran una compleja maraña de relaciones con consecuencias imprevisibles. Estas actuaciones basadas en un conocimiento fragmentado, en muchas ocasiones ignoran la densa red de relaciones que conecta todo lo vivo y la emergencia de fenómenos que no tienen explicación, y ni siquiera son visibles, para una mirada reduccionista.

A pesar de que la propia ciencia desautorizó hace muchos años la mecánica clásica o la separación entre cultura y naturaleza como visiones que pudiesen explicar por sí mismas

la complejidad del mundo, estas miradas siguen fuertemente arraigadas en los esquemas mentales de nuestra sociedad y están presentes en muchas de las aplicaciones tecnológicas e industriales de vanguardia, manteniendo una "inteligencia ciega que destruye los conjuntos y las totalidades, aislando todos sus objetos de sus ambientes"¹⁴.

a) *La crisis ecológica*

La Sociedad Geológica de Londres¹⁵ plantea que el Holoceno, la etapa histórica que se inicia con la aparición de la agricultura y la expansión y evolución de las distintas civilizaciones humanas (aproximadamente los últimos 12.000 años), ha tocado a su fin. La época interglaciar que define el Holoceno, estable en términos de temperatura global, ha terminado, y habríamos entrado en un período sin precedentes parecidos en los últimos millones de años. Estamos en una nueva era histórica marcada por la incidencia de la especie humana en el planeta Tierra¹⁶.

"Aunque no es toda la especie humana la que ha determinado estas dinámicas de cambio, una parte cada vez más importante de la misma que se ve impulsada y condicionada por un sistema socioeconómico, fuertemente estratificado y con muy diferentes responsabilidades e impactos de sus distintas sociedades e individuos, que ha logrado alterar por



primera vez en la Historia el sistema ecológico y geomorfológico global¹⁷.

Hablamos de la modificación del funcionamiento del clima de la Tierra, de la composición y características de sus sistemas hidrológicos, de la magnitud, diversidad y complejidad de la biodiversidad planetaria, de la transformación del propio paisaje y territorio.

El sistema urbano-agro-industrial es ya la principal fuerza geomorfológica. Una fuerza antropogénica, dinamizada y amplificada por un sistema que se basa en el crecimiento y acumulación monetaria sin límites. “Y sus impactos durarán siglos o milenios, y condicionarán cualquier evolución futura¹⁸.”

En los siglos XIX y XX se pensaba que la biosfera era un espacio inagotable, pero bruscamente hemos superado ya su biocapacidad. Según Daly, en el siglo XX pasamos de un mundo “vacío” a un mundo “lleno¹⁹.”

Hoy, el metabolismo físico de la economía occidental supera la capacidad de regeneración del planeta Tierra, gracias al incremento de la capacidad de carga que han posibilitado los combustibles fósiles. Sin embargo, esta situación tocará muy pronto a su fin por el inicio inexorable del declive energético²⁰.

El sistema económico hegemónico, y las personas que vivimos en las sociedades en

que opera, hemos permanecido, y en gran medida aún permanecemos, de espaldas a este hecho insoslayable. La enorme fuerza de un imaginario colectivo articulado alrededor de la idea de que más es siempre mejor y que se encuentra distorsionado por un optimismo tecnológico que impulsa a pensar que “la tecnociencia es capaz de resolver cualquier problema, hasta los que ella misma crea²¹”, oculta la dimensión de esta crisis.

Sin embargo, los límites biofísicos y las contradicciones internas del propio proceso de funcionamiento económico son ya insoslayables.

“La guerra silenciosa, destructiva y en acelerado ascenso contra la Naturaleza llevada a cabo por la expansión a escala planetaria del sistema urbano-agro-industrial ya no se puede ocultar, y está actuando actualmente como un auténtico boomerang contra el mismo²².”

La actual crisis ecológica se refleja en una gran cantidad de fenómenos interrelacionados que amenazan con transformar las condiciones biofísicas a las cuales la especie humana está adaptada. Perfilamos a continuación los aspectos fundamentales de una triple crisis (climática, energética y de biodiversidad) siendo conscientes de que no son los únicos síntomas de la crisis ecológica y que se trata de una revisión sintética y breve.



El cambio climático

Nos hallamos ante un cambio global, cuyo efecto más divulgado es el cambio climático provocado por el incremento en la atmósfera de los gases de efecto invernadero.

Se utiliza el término efecto invernadero para señalar la importancia de la atmósfera de cara a calentar la superficie de la tierra. La atmósfera es casi transparente a la luz que llega del sol (la luz visible e infrarroja de onda corta). La mayor parte de ella es absorbida y posteriormente devuelta a la atmósfera, en donde una parte se transforma en calor al ser captada por algunos gases que se encuentran presentes en ella. La atmósfera, gracias a estos gases, recupera parte de la energía del sol que pretende escapar, impidiendo que la tierra se enfríe.

El efecto invernadero natural es importante, pues sin él la media de la temperatura en la superficie de la tierra sería de -18°C . Las concentraciones en la atmósfera de los gases capaces de captar los rayos infrarrojos terrestres (CO_2 , metano, N_2O , CFC u O_3) están directamente relacionadas con las actividades humanas.

Actualmente, las concentraciones de estos gases se han disparado por lo que la cantidad de calor que retiene la atmósfera es mucho mayor y este incremento está provocando un aumento de la temperatura global terrestre.

El gas de mayor influencia en este proceso es el CO_2 , cuya emisión a la atmósfera ha crecido enormemente debido a la quema de combustibles fósiles, a la actividad de las fábricas de cemento y a la intensa deforestación. Esta producción excesiva de CO_2 lleva un ritmo que no puede ser regulado por los mecanismos naturales que lo hacían: la acción de la fotosíntesis y el almacenamiento subterráneo y marino.

La consecuencia del incremento del efecto invernadero es un calentamiento significativo de la atmósfera terrestre, que está provocando un cambio climático que produce una alteración global de los regímenes de precipitaciones (cantidad de lluvias, distribución, fenómenos catastróficos), de las dinámicas de las aguas marinas (nivel, temperatura, corrientes), de las interacciones que se dan en los ecosistemas, además de una distribución diferente en la distribución de tierras y mares por el ascenso del nivel del mar^{23 24}.

La subida rápida de la temperatura media del planeta provoca cambios en los ciclos de vida de muchos animales y plantas, que, sin tiempo para la readaptación, serán incapaces de alimentarse o de reproducirse. También supone la reaparición de enfermedades ya erradicadas de determinadas latitudes. La alteración del régimen de lluvias implica sequías y lluvias torrenciales que dificultan gravemente la supervivencia de las poblacio-



nes que practican la agricultura y ganadería de subsistencia. El deshielo de los polos derivará en la inundación progresiva de las costas y la pérdida de hábitat de sus pobladores. La reducción de las poblaciones de determinadas especies animales y vegetales repercute en la supervivencia de otras especies dependientes de éstas, y la cadena de interdependencias arrastra a todo su ecosistema. Estos cambios dificultan la producción de alimentos para los seres humanos.

En muchos lugares del mundo la producción de alimentos para la subsistencia o la búsqueda de agua dependen del trabajo de las mujeres. Ellas se han ocupado de mantener la productividad en los terrenos comunales, han organizado la vida comunitaria y los sistemas de protección ante el abandono o la orfandad, y han defendido la tierra y la supervivencia de sus familias y su comunidad.

Por ello, no debe extrañar la existencia de tantas prácticas de mujeres en la defensa de la de la vida: los bosques, el agua, las parcelas comunitarias o la vida humana. Las mujeres son conscientes de que el deterioro de estos recursos significa el deterioro de su existencia y de la de los suyos.

El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), un grupo internacional de científicos que representa la inmensa mayoría de la comunidad científica, ha producido una serie de Informes de

Evaluación en los que se acepta el carácter antropogénico del Cambio Climático y se valoran en detalle los efectos presentes y futuros de este fenómeno y la afectación diferente en diferentes regiones de la tierra. En dichos informes se prevé que las regiones más pobres serán en general las más afectadas, con lo que, de no invertir la tendencia, se agravarán aún más las diferencias Norte-Sur²⁵.

En estudios proyectivos se augura que de superarse el umbral de 1,5 grados de subida media, las alteraciones de las condiciones ambientales serán tales que puede llegarse a un punto sin retorno en el que se desencadenen fenómenos imprevisibles y catastróficos.

De no reducir de una forma significativa las emisiones de gases de efecto invernadero la situación puede ser dramática. Pero una reducción significativa de emisiones significa un cambio importante en los modos de producción, consumo, comercio y movilidad, sobre todo en las zonas más ricas del planeta. No es de extrañar pues que se oigan voces que discuten parcialmente las investigaciones del IPCC o que ponen en duda la misma existencia de este fenómeno. Tristemente los informes del IPCC son concluyentes y sus revisiones constantes, lejos de restar urgencia a tomar medidas, denotan que los cambios que se están produciendo a escala global son más rápidos de lo que creía en las primeras estimaciones.



Los efectos diferenciados del cambio climático entre segmentos de población, áreas geográficas, ecosistemas, sectores económicos, sectores sociales y entre mujeres y hombres, hacen necesario enfrentar el problema a partir de diferentes estrategias. Sin una intervención política orientada a eliminar la inequidad, se profundizará la situación de desventaja de los colectivos más desfavorecidos, y especialmente de las mujeres.

Según el IPCC²⁶, los fenómenos naturales golpearán con mayor fuerza a las regiones y a las personas más pobres; de estas últimas, el 70% son mujeres. Esto significa que las mujeres pobres serán las más afectadas por el cambio climático, ya que son ellas las encargadas de administrar los alimentos, el combustible y, en algunas regiones, el forraje y agua. Los efectos negativos del cambio climático son más intensos en las comunidades con mayor pobreza, donde la mayor parte de la carga social recae en las mujeres; por ello, la equidad de género y la justicia deben ser parte de los principios para combatir este fenómeno.

La mayor vulnerabilidad de las mujeres frente al cambio climático no es una condición natural, es un resultado del funcionamiento de dinámicas sociales, económicas y culturales. Es posible acometer acciones específicas para transformar esta situación y alentar un mayor protagonismo de las mujeres en los

planes de acción de mitigación y adaptación al cambio climático de los estados, municipios y localidades.

Tal como afirmaba la recientemente fallecida Wangari Maathai²⁷, Premio Nobel de la Paz, en la XIII Conferencia de las Partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático:

“(..) las voces de las mujeres están en gran medida ausentes de las discusiones y negociaciones de las políticas sobre el calentamiento global, ya que sólo un pequeño número de ellas están involucradas en las políticas y planes de adaptación y mitigación. Ya sea en economías desarrolladas o en desarrollo, las experiencias, creatividad y liderazgo de las mujeres deben ser parte de la solución”.

Agotamiento de los recursos naturales

Nos encontramos ante lo que hace años Hubbert denominó el “pico del petróleo”²⁸, es decir ese momento en el cual se ha llegado al momento de extracción máxima. Una vez alcanzado este pico, la extracción comenzaría a declinar. Cada vez se va agrandando más la brecha entre una demanda creciente y unas reservas que se agotan y cuya dificultad y coste de extracción aumenta. Hoy día no existe ninguna alternativa limpia viable que dé respuesta a la escala de las exigencias de un modelo de producción, distribución consu-



mo, sumamente energívoro, que además continúa creciendo²⁹.

Muchos de los yacimientos actuales obligan a hacer prospecciones más profundas, a crear plataformas en medio del mar o a procesos de depuración muy costosos y arriesgados³⁰. Ante este horizonte de declive incluso las empresas petroleras empiezan a sopesar y poner en marcha fuentes de energía alternativas que permitan mantener el creciente consumo de energía, recurriendo por ejemplo a la energía solar, la eólica o a la biomasa. Sin embargo, ninguna de ellas tiene el poder energético de las energías fósiles. Sus tasas de retorno (la relación entre la energía que se invierte para producirla y la energía finalmente producida) son mucho menores³¹. Eso sin contar con el sustrato físico de materiales necesario para fabricar los aparatos que permiten la captación y acumulación de energía.

La economía occidental ha crecido al "abrigo" de la energía barata y aparentemente inagotable que proporcionaba el petróleo³². Éste ha servido para mover máquinas e impulsar vehículos de automoción, para producir electricidad. Ha permitido que las personas puedan trabajar a decenas de kilómetros de su lugar de residencia y que se alimenten a diario con productos baratos cultivados a gran distancia. El petróleo es imprescindible en la agricultura intensiva y en la producción de insumos agrícolas, lo es también en la fabri-

cación de ropas, casas, muebles, carreteras, envases... Vivimos en un mundo construido con petróleo y su agotamiento, inevitablemente obliga a replantearse todo el modelo de vida.

No sólo se trata de la energía fósil, la velocidad a la que se están consumiendo también otros recursos naturales es incompatible con los ritmos que requiere la naturaleza para regenerarlos, por lo que ya ha comenzado a manifestarse la progresiva escasez de otros recursos imprescindibles para la vida como son el agua dulce, los bosques, la pesca, los suelos fértiles, la fauna salvaje o los arrecifes de coral.

Cuando los recursos naturales se degradan o se ven amenazados, a menudo encontramos a grupos de mujeres organizados en su defensa. Las mujeres son protagonistas de muchas de las prácticas del "ecologismo de los pobres"³³. Por ejemplo, en la costa de la provincia ecuatoriana de Esmeraldas, se da la participación de líderes espontáneas, madres y abuelas, en la disputa actual entre la comunidad y los camaroneros. La población pobre y negra que vive de los recursos del manglar se ha organizado -a instancias de las mujeres- para defender el recurso arrasado por las industrias de cría de camarón.

Martínez Alier compila muchas de estas luchas, recogiendo sus testimonios en primera persona:



“Siempre hemos estado dispuestas a todo (...) Ahora estamos defendiendo algo que es nuestro, nuestro ecosistema, no porque seamos ecologistas de profesión sino porque necesitamos seguir vivos, porque si el manglar desaparece, desaparece un pueblo, ya no estaremos más. (...) Lo que sí sé es que yo aquí me muero defendiendo mi manglar, aunque se caiga todo, mi manglar seguirá en pie y mis hijos junto a mí”³⁴.

El mismo autor documenta otras luchas de mujeres en la defensa de una tierra fértil, del mantenimiento de los ciclos y de la supervivencia:

“Los antropólogos Enrique Mayer y César Fonseca narran que, en la comunidad peruana de Tapuc, un grupo de mujeres sostenía intransigentemente que los eucaliptos transplantados en las parcelas del Manay debían ser retirados de inmediato. Manay es la zona agrícola de barbecho sectorial destinada al cultivo de tubérculos "por turnos" y con varios años de descanso. (...) Las mujeres insistían en que habían heredado dichas parcelas de sus abuelos para abastecerse de tubérculos, y que no iban a alimentar a sus hijos con las hojas del eucalipto. Además, donde crece el eucalipto, "el suelo se empobrece y no sirve ni para sembrar cebollas" (...) Sin negar la contribución del eucalipto a la economía andina desde el siglo XIX, me pregunto si estas mujeres tenían más razón que los ingenieros foresta-

les que promovían la plantación de la especie”³⁵.

Y no sólo confrontan en situaciones de gran riesgo físico, sino que se implican en la regeneración. Un ejemplo de reconstrucción ambiental ha sido el Movimiento del Cinturón verde de Kenia fundado por Wangari Maathai. En 1971, Maathai abandonó su posición universitaria para motivar a otras mujeres a proteger y mejorar su medio ambiente. Empezaron con la siembra de no más de siete árboles el 5 de junio de 1977 y en 1992 el movimiento había distribuido siete millones de árboles, plantados y cuidados por grupos de mujeres campesinas en 22 distritos de Kenia³⁶.

La pérdida de biodiversidad

La pérdida de biodiversidad es el despilfarro de nuestro mayor seguro de vida. Como ya comentamos, nos encontramos ante la sexta gran extinción masiva, y la primera provocada por una especie, la humana³⁷. Esta disminución de la biodiversidad se acompaña también de una pérdida de diversidad cultural. La imposición de los modelos de vida occidentales aniquila rápidamente la enorme variedad de comportamientos culturales que la humanidad creó a lo largo de su evolución. La arquitectura vernácula, por ejemplo, aún mantiene un conocimiento que permite calentarse en invierno y refrescarse en verano



sin gasto de energía fósil. Sin embargo, este tipo de saberes desaparece rápidamente, sin que muchas veces las personas sean conscientes de la gravedad de esta pérdida.

De vez en cuando se nos alerta desde los medios de comunicación acerca de la posible extinción de especies emblemáticas, con capacidad de interpelación mediática. Pero poco se sabe de la desaparición continua de miles de especies de microorganismos, vegetales y animales.

Además, muchas poblaciones de plantas y animales que todavía subsisten han disminuido su número y extensión, lo que coloca a muchas de ellas al borde de la desaparición. El ritmo de extinción de especies está siendo unas 100 veces más rápido que su velocidad natural y cada vez se intensifica más.

Se ha constatado que entre 1970 y 2005 la biodiversidad planetaria ha caído en un 30%³⁸. Es preciso recordar que en las cinco grandes extinciones anteriores, la pérdida absoluta de biodiversidad se situó en torno al 50% de las especies existentes en cada periodo, y que además ese proceso duró centenas o miles de años, y condicionó de forma decisiva la evolución biológica.

La biodiversidad está en la misma base de la vida en la Tierra y es el principal sustento de nuestra existencia. Esta dependencia permanece oculta e invisible a la lógica económica. No hay reemplazo posible y a nuestro alcance

para reconstruir artificialmente la biodiversidad. Su pérdida está afectando ya a ciclos vitales como el del agua o el del carbono.

El panorama de cambio global se completa si añadimos el aumento de incertidumbre que suponen la proliferación de la industria nuclear, la comercialización de miles de nuevos productos químicos que se incorporan al entorno y que interfieren con los intercambios químicos que regulan los sistemas vivos, la liberación de organismos genéticamente modificados cuyos efectos son imprevisibles o la experimentación en biotecnología y nanotecnología cuyas consecuencias se desconocen.

b) La crisis social

El sistema económico basado en el crecimiento continuado se ha mostrado incapaz de satisfacer las necesidades vitales de la mayoría de la población. Hasta el presente los sectores sociales con más poder y más favorecidos han podido superar los límites de sus propios territorios recurriendo a la importación de biodiversidad y "servicios ambientales" de otras zonas del mundo poco degradadas y con abundancia de recursos. Pero esto está dejando de ser así, y estas áreas también se comienzan a deteriorar, agravando la situación de las poblaciones más empobrecidas del mundo que llevan ya décadas sufriendo esta guerra ambiental encubierta.



El mundo se encuentra polarizado entre un Norte rico y consumista y un Sur empobrecido y con dificultades de acceso a los recursos básicos. Según el Informe sobre Desarrollo Humano 2005³⁹, 18 países con 460 millones de personas habían empeorado su situación con respecto a 1990. En 40% de la población mundial sólo contaba con el 5% de los ingresos, mientras que el 10% más rico acapara el 54%. El Informe sobre Desarrollo Humano 2011 constata cómo esa tendencia se ha consolidado y los países africanos y amplias zonas de América Latina y Asia han continuado empeorando. Este último informe visibiliza los vínculos que existen entre la degradación ambiental y el agravamiento de la pobreza.

Esta polarización económica se manifiesta en todos los indicadores al uso. La relación de riqueza entre la quinta parte más pobre y la quinta parte más rica era de 1 a 30 en 1970, pero aumentó de 1 a 74 en 2004. En 1960, el 70% de los ingresos globales beneficiaban al 20 % de los habitantes más ricos; treinta años más tarde ha aumentado al 83%, mientras que la del 20% más pobre ha retrocedido del 2,3% al 1,4%⁴⁰. La cantidad de cereales destinados al ganado y a la ganadería en los países del Norte es superior en un 25% a los consumidos por las personas en los países del Sur. Las vacas que sobrealimentan a los habitantes ricos del planeta reciben 2 € diarios de

subvenciones, lo cual supone más de lo que reciben 2.700 millones de seres humanos⁴¹.

La sexta parte de la población mundial, principalmente ubicada en los países enriquecidos, consume el 80% de los recursos disponibles, mientras que los 5/6 restantes utilizan el 20% restante de los recursos.

Según el informe Planeta Vivo⁴², se calcula que a cada persona le corresponden alrededor 1,8 hectáreas globales de terrenos productivos por persona. Pues bien, la media de consumo mundial supera las 2,2has y este consumo no es homogéneo. Mientras que en muchos países del Sur no se llega a las 0,9, la ciudadanía de Estados Unidos consume en promedio 8,2 hectáreas per capita, la canadiense 6,5, y la española unas 5.5 Has.

El deterioro de los territorios que han habitado una buena parte de los pueblos del Sur durante miles de años, y de sus condiciones básicas de existencia, ha expulsado a las personas, obligando a unos movimientos migratorios sin precedentes. Muchos pueblos han sido desposeídos de su derecho a permanecer y se ven obligados a seguir la misma ruta que siguen las materias primas y los frutos de los monocultivos que se extraen de los lugares donde antes vivían: el viaje del Sur al Norte. Además, las desigualdades dentro del propio Norte y el Sur son también relevantes. Existen bolsas crecientes de pobreza, millones de per-



sonas se encuentran paradas y muchas otras no tienen hogar.

Las desigualdades no sólo son evidentes entre los países del Centro y la Periferia, sino que, tanto dentro de los países empobrecidos como de los enriquecidos, existe una fuerte polarización entre las clases sociales.

Esta situación de desigualdad se ha agravado con la actual crisis económico-financiera.

Las políticas de ajuste puestas en marcha son en realidad una transferencia de riqueza de las personas hacia los grandes capitales. El paro, la precariedad, los recortes sociales y la aniquilación de los servicios públicos dejan a las personas en una situación de vulnerabilidad. Es el ámbito privado de cada hogar donde se supone que se deben aliviar las tensiones que se producen ante este ataque.

El deterioro ambiental impacta de lleno en las comunidades humanas y sus modos de vida. Martínez Alier muestra cómo en todos los lugares del mundo la irracional y creciente explotación de los recursos naturales no sólo da origen a problemas ambientales, sino también a numerosos y gravísimos conflictos sociales. En el siguiente cuadro se enumeran algunos de los conflictos ecológicos-distributivos compilados por él⁴³:

Conflictos mineros evidenciados por las quejas sobre minas y fundiciones a causa de la contaminación del suelo, del aire y del

agua, y por la ocupación de tierras por la minería a cielo abierto y las escorias.

Conflictos por la extracción de petróleo a causa de la contaminación del aire, del suelo y de las aguas.

Degradación y erosión de las tierras, causadas por la desigual distribución de la propiedad sobre la tierra, por la presión de la producción exportadora y los monocultivos.

Sustitución de los bosques por plantaciones de árboles destinados a la industria del papel.

Biopiratería, apropiación y mercantilización de los recursos biológicos, tanto "silvestres" como medicinales y agrícolas, sin reconocimiento del conocimiento y propiedad de los indígenas y campesinos sobre ellos y sin compensación alguna.

Destrucción de los manglares y de las poblaciones locales cuya subsistencia depende de ellos por la industria camaronera de exportación.

Conflictos sobre el agua, movimientos contra las grandes represas para hidroelectricidad e irrigación y problemas. También los conflictos por el uso y contaminación de acuíferos y los conflictos por trasvases de ríos.

Conflictos por los intentos de evitar la sobrepesca industrial en detrimento de la pesca artesanal.

Conflictos sobre el transporte que nacen del trasiego cada vez mayor de materiales y ener-



gía: derrames petroleros en el mar, guerras relacionadas con oleoductos o gasoductos, ampliaciones de puertos y aeropuertos, construcción de nuevas autopistas.

Luchas tóxicas ante los riesgos que causan los metales pesados, dioxinas, etc.

Conflictos de seguridad ambiental sobre la incidencia y distribución social de los riesgos inciertos de las tecnologías a medida que han ido apareciendo (asbestos, DDT, DBCP, otros pesticidas, energía nuclear, transgénicos) tanto en países ricos como pobres. Conflictos debidos a la exportación de residuos tóxicos, sólidos o líquidos.

Contaminación transfronteriza: emisiones de dióxido de azufre que cruzaban fronteras y producían lluvia ácida, contaminaciones radioactivas por ensayos de armas nucleares en el Pacífico, por ejemplo emisiones de CFC que han dañado la capa de ozono.

Conflictos por los derechos iguales a los sumideros de carbono. Esta fue la propuesta de Anil Agarwal y Sunita Narain en 1991, para remediar la injusticia de que los ricos del mundo hayan estado usando y usen de manera desproporcionada y excluyente los sumideros de carbono (océanos, nueva vegetación, suelos) y la atmósfera como un depósito temporal. Esa situación da lugar a una "deuda de carbono" del Norte hacia el Sur, como la ha llamado Andrew Simms.

Las mujeres encargadas en una buena parte del planeta de las tareas que garantizan la subsistencia, sufren la crisis en mayor medida. La pobreza diferenciada entre mujeres y hombres también se refleja en el limitado acceso y control de las mujeres sobre los bienes y servicios ambientales y su escasa participación en la toma de decisiones. Podemos hablar de una auténtica feminización de la pobreza. Estas desventajas resultan en una menor capacidad para enfrentar los problemas ambientales.

Tienen más dificultades para acceder a los recursos básicos; las tareas de crianza o cuidados se llevan a cabo con mayor dificultad; sufren en sus cuerpos la violencia de los conflictos bélicos, que en muchos casos esconden luchas por la apropiación de los recursos, y en sus vidas la violencia estructural de la pobreza, la explotación laboral y sexual.

Pero, a la vez que son más golpeadas por la miseria, las mujeres cumplen un papel fundamental en las estrategias para la reducción de la pobreza: son las responsables de la mitad de los hogares del mundo, asumen trabajos informales que les permiten llevar ingresos a sus familias, diseñan mecanismos creativos para producir en ecosistemas degradados, entre muchas otras estrategias⁴⁴. Las mujeres han tenido y tienen un papel protagonista en una buena parte de los movimientos de defensa del territorio, en luchas pacifistas, en



movilizaciones de barrios y en la construcción de alternativas.

Un ejemplo de estos movimientos es la Marcha Mundial de las Mujeres, una red que abarca colectivos de mujeres de todo el mundo cuya finalidad es la lucha contra la pobreza y contra la violencia hacia las mujeres⁴⁵. Pretenden llamar la atención sobre la necesidad de reconstruir las prioridades y la organización del espacio y el tiempo al servicio de los cuidados. Interpelan a los hombres para que se corresponsabilicen de estas tareas.

La sociedad del crecimiento
crea un bienestar ilusorio.

Una buena parte del bienestar que crea un modelo económico que ignora las dinámicas naturales y la equidad entre personas es engañoso. El progreso y el éxito económico en nuestro sistema cultural se suele medir por la cantidad de actividad económica en el mercado que tiene un país, ignorando los costes físicos y sociales reales de la producción. Concebido de esta forma, crecimiento económico se equipara a bienestar y calidad de vida y se mide a través del indicador por excelencia de la riqueza, el Producto Interior Bruto (PIB), la fórmula más reconocida para evaluar el comportamiento económico, que se obtiene sumando simplemente agregados monetarios.

Esta forma de contabilizar la riqueza hace que se sumen en el lado positivo, y que cuenten como riqueza, cualquier producción y gasto, incluso los que son perjudiciales y los que se producen para paliar el deterioro. A la vez, se ocultan muchas producciones valiosas pero no monetizadas, al mismo tiempo que no resta lo que se destruye.

Los desastres naturales y humanitarios más trágicos de los últimos años han pasado desapercibidos en las cifras del PIB. En Sudán, por ejemplo, el PIB per cápita ha subido un 23% en la última década, a pesar de que 600.000 personas sufrieron hambre en 2001, 400.000 personas han muerto y 2,5 millones han sido desplazadas entre 2003 y 2007 por la tragedia de Darfur. También en Sri Lanka, el tsunami que provocó la muerte en 2004 de 36.000 personas y devastó las infraestructuras litorales, expulsando de sus territorios a millones de personas, no afectó negativamente al PIB, sino que éste creció.

Las guerras, las enfermedades o el incremento de tráfico motorizado -independientemente de su necesidad-, suman en el PIB, un indicador ciego a la destrucción asociada a estos procesos.

Sin embargo, la paz, el aire limpio, los trabajos relacionados con los cuidados de la vida humana y la reproducción social, el trabajo de la fotosíntesis que realizan las plantas, o los servicios de regulación del clima que realiza



la Naturaleza, siendo imprescindibles para el mantenimiento la vida, no cuentan y en los indicadores de riqueza, no sólo no resta su destrucción, sino que los trabajos necesarios para reparar o mitigar el deterioro suman como riqueza y hacen crecer el PIB⁴⁶.

Se podría esperar que esa sexta parte de la población mundial que vive en las zonas favorecidas del planeta a costa de los recursos de territorios lejanos disfrutara de la máxima calidad de vida. Sin embargo, después de algunas décadas de fuerte consumo de energía y materiales se observan numerosos efectos llamados "colaterales": cementación del territorio, ciudades contaminadas, fuerte retroceso de los ecosistemas complejos, retirada de personas mayores e infancia del espacio público, reclusión frente a las pantallas, agua contaminada, empobrecimiento de los suelos, residuos tóxicos y radiactivos dispersos por el territorio, creciente número de horas en atascos entre automóviles semi-vacíos, dificultad de acceso a la vivienda en ciudades con un mayor número de casas no habitadas, deshielo de los casquetes polares, etc. El problema es que, de forma paralela, se encuentra profundamente asentada la idea de que para resolver los problemas económicos es necesario consumir más, remover más materiales y utilizar más energía.

El economista Irving Fisher acuñó hace varias décadas el término renta psíquica para

describir el verdadero beneficio de toda actividad económica. Según Fisher los bienes y los servicios no presentan valor en sí mismos, sino en función del bienestar psíquico y felicidad que producen, de modo que unos niveles más altos de consumo pueden no producir una mejora en la calidad de vida si van acompañados de un mayor deterioro ambiental, o de un impacto negativo sobre la salud personal o de los demás⁴⁷.

En una sociedad que cree firmemente que más es siempre mejor, tal y como señala Elizalde⁴⁸ se necesita otro sistema de valores y creencias que pueda orientar el camino hacia la sostenibilidad. La actual crisis civilizatoria es también una crisis de la forma en que se percibe y valora la realidad. Uno de los ejes centrales en la ayuda y guía a las personas con el fin de avanzar hacia una cultura que asuma que vive en un mundo físicamente limitado y que se comprometa con la consecución de una vida digna para todas las personas. Ambos extremos son imposibles si una parte de la humanidad acumula riquezas de forma injusta y el resto sueña ilusoriamente poder ser como ellos. Por ello, la educación para el desarrollo, para la paz, o la coeducación, encuentran fácil acomodo y diálogo debajo del paraguas de una educación ambiental que persigue una verdadera democracia de todo lo vivo⁴⁹.



Las promesas incumplidas
de la desmaterialización

Desde los años 80, se ha venido sosteniendo que gracias a un progreso tecnológico que aumentara la eficiencia en el uso de los recursos, era posible presagiar una progresiva independencia del crecimiento económico respecto al consumo de energía y recursos naturales. Este proceso, que desligaba crecimiento y límites, fue denominado desmaterialización de la economía⁵⁰.

Lamentablemente, la realidad no ha acompañado estos augurios optimistas y los costes ambientales de los nuevos procesos de fabricación, así como el aumento de consumo global (efecto rebote) muestran que la necesidad de considerar los límites es cada vez más perentoria⁵¹.

Aunque se pueda discutir caso por caso el impacto en el consumo de recursos por unidad de producto, lo que se constata con una claridad meridiana es el incremento del consumo en términos absolutos. La economía ecológica denomina a este fenómeno efecto rebote y a poco que estudiemos qué ha sucedido con la ecoeficiencia aplicada a la producción del automóvil, de la telefonía o de la informática veremos cómo a pesar de que cada vez hacen falta menos materiales y se generan menos residuos para fabricar una

unidad de cualquiera de ellos, el número de unidades fabricadas y consumidas se ha multiplicado de una forma alarmante, demostrándose, que siendo necesaria, la ecoeficiencia no es suficiente. Hace falta que sea acompañada de estrategias y medidas que limiten fuertemente la producción y el consumo. La tecnología es condición necesaria para resolver la crisis estructural, pero la clave está en la política.

c) *La crisis de los cuidados*

Podríamos definir los trabajos de cuidados como aquéllos destinados a satisfacer las necesidades del grupo, su supervivencia y reproducción que, en el marco de nuestra sociedad, son asumidos de forma mayoritaria por las mujeres.

La crisis de los cuidados es una dimensión importantísima de la crisis social que con frecuencia no es tratada ni analizada. Dado el especial interés que presenta para nuestro trabajo, vamos a tratar de caracterizarla muy brevemente en los próximos párrafos.

En las últimas décadas se han dado una serie de circunstancias que han alterado profundamente el modelo previo de reparto de las tareas domésticas y de cuidados que configura la base sobre la que se sostienen las estructuras económicas, el mercado laboral y el mantenimiento de la vida humana.



La crisis de los cuidados es el resultado de la confluencia de un conjunto de factores entre los que destaca el acceso de las mujeres al empleo remunerado dentro de un sistema patriarcal.

La posibilidad de que las mujeres sean sujetos políticos de derecho se percibe como algo vinculado a la consecución de independencia económica a través del empleo. El trabajo doméstico ha pasado a verse como una atadura del pasado de la que hay que huir lo más rápidamente posible. Sin embargo no es un trabajo que pueda dejar de hacerse y el paso de las mujeres al mundo público del empleo no se ha visto acompañado por un reparto de los trabajos de cuidados con los varones.

Dado que hay que seguir atendiendo a las personas ancianas, a la infancia y a las personas con discapacidades, que hace falta mantener la higiene en la casa, que la ropa debe lavarse y que la mayor parte de los hombres no se hacen responsables de estas tareas, las mujeres acaban asumiendo dobles o triples jornadas, desempeñando las tareas domésticas en malas condiciones y viviendo su falta de atención con un fuerte sentimiento de culpa⁵².

Paralelamente a la disminución de los tiempos que se pueden dedicar a los cuidados, se han operado algunas transformaciones sociales que complican de forma importante la gestión de los mismos.

La influencia del modelo urbanístico

Por una parte, el envejecimiento de la población y mantenimiento de la vida hasta edades muy avanzadas, en muchos casos en situaciones de fuerte dependencia física, exige una mayor dedicación a las personas mayores. En segundo lugar, aunque el número de niños y niñas ha disminuido, la destrucción de espacios públicos para el juego y la transformación de la calle en un lugar agresivo invadido por los coches, obligan a cuidar de una forma mucho más intensiva. La infancia ya no puede estar jugando en las plazas sin vigilancia, ni va sola al colegio hasta edades muy avanzadas.

El crecimiento urbano desbocado juega un papel fundamental en la dificultad que existe en nuestras sociedades para garantizar el bienestar y el cuidado de la vida humana. Del mismo modo que el hipertrofiado entramado de carreteras y el excesivo transporte motorizado fragmentan y deterioran los ecosistemas, también escinden y alejan los espacios físicos en los que se desarrollan las diferentes dimensiones de la vida de las personas, obligando a invertir una gran cantidad de horas en los desplazamientos del trabajo a casa, al colegio, a la casa de los mayores que hay que atender, al médico, o a la compra.

La separación entre hogar y trabajo fue una contribución al proceso de desarrollo del capitalismo industrial que acentuó las distinciones funcionales y biológicas entre mujeres



y hombres. La división de tareas se consolidó como el modo más eficiente, racional y productivo de organizar el trabajo, los negocios y la vida social.

El nuevo modelo de desarrollo debía disponer de una organización territorial y social que permitiese su funcionamiento eficaz. El urbanismo racionalista propuso una ciudad ordenada, limpia y segmentada física y socialmente frente a la ciudad antihigiénica y abrigada que pervivía en el siglo XIX. Este modelo buscaba “una sola función y en un solo tiempo para un solo espacio. La Carta de Atenas (1933) recoge una clasificación de las actividades de la ciudad en cuatro funciones básicas: habitar, trabajar, recrearse y circular⁵³.

Esta concepción de ciudad, que separa de forma clara las áreas residenciales, comerciales y productivas, y las redes de transporte, pasa a definir la configuración territorial y urbana durante las primeras décadas del siglo XX en la mayor parte de las ciudades anglosajonas y definirá la ordenación territorial en el resto del mundo hasta nuestros días.

El modelo de ciudad y de progreso es concebido por hombres que no comprenden la importancia del trabajo de cuidados ni la necesidad de realizar varias funciones simultáneamente en el mismo espacio que les caracteriza. Por ello la ordenación de territorio gestada dificulta el mantenimiento de esta actividad esencial y profundiza la desrespon-

sibilización de los hombres como colectivo, poniendo la maquinaria de la edificación y del urbanismo al servicio del sistema económico. Con estas premisas, la ordenación del territorio se convertía en una nueva forma de agresión a las mujeres⁵⁴.”

Existen importantes trabajos de mujeres urbanistas que proponen una ordenación del territorio más acorde con las necesidades de los cuidados. Un ejemplo es el Colectivo de Mujeres Urbanistas, creado en Madrid en 1995, que se configuró como un grupo de debate y acción social dedicado a trabajar por la equidad de género y generación de nuevas propuestas en el espacio construido.

Algunas de las propuestas de las mujeres urbanistas son coincidentes con las iniciativas de algunos programas educativos y líneas de trabajo de los movimientos de renovación pedagógica. El trabajo de la autonomía infantil, por ejemplo, está muy relacionado con el modelo de ciudad. Por ello, otra forma de ordenación del territorio es una de las patas en las que se apoyan experiencias y propuestas educativas como La Ciudad de los Niños de Tonucci, implementada en diversos lugares de nuestro país, en la que colaboran y realizan aportaciones mujeres urbanistas⁵⁵.

La precarización y la desigualdad

Además la precarización laboral y la amenaza del paro obligan a plegarse a los ritmos y



horarios que impone la empresa. La pérdida de redes sociales de apoyo mutuo fuerza a resolver los asuntos cotidianos de una forma mucho más individualizada con las dificultades añadidas que eso supone.

La crisis del sistema de cuidados que hasta el momento garantizaba el mantenimiento de las condiciones básicas de bienestar humano (que recaía fundamentalmente las mujeres) se hace especialmente grave ante el progresivo desmantelamiento y privatización de los servicios sociales que trataban de paliar algunos de estos problemas.

Los intentos de responder a esta situación han sido variados. En los hogares se reorganiza la atención a las necesidades de las personas, generalmente sin la participación de los hombres. Aquellas mujeres que por su condición de clase pueden pagar parte de los trabajos de cuidados que demanda su núcleo familiar, compran en el mercado servicios domésticos, mientras que otras mujeres, también en función de su situación económica, venden su fuerza de trabajo para realizarlos, frecuentemente en condiciones de fuerte precariedad y ausencia de derechos sociales. En otros casos se produce también una transferencia generacional del trabajo de cuidados y son sobre todo las abuelas quienes se ocupan de parte de la crianza y cuidados de sus nietos y nietas.

Es especialmente notorio el papel que juegan las mujeres migrantes en los trabajos de cuidados. Se crea una cadena global de cuidados en la que las mujeres migrantes que asumen como empleo el cuidado de la infancia, de las personas mayores y discapacitadas o de limpieza, alimentación y compañía, dejan al descubierto estas mismas funciones en sus lugares de origen, en donde otras mujeres, abuelas, hermanas o hijas las asumen como pueden.

De este modo, de la misma forma que los países ricos se apropian de las materias primas, de la fuerza de trabajo remunerado y de los territorios de todo el mundo, ahora también se apropian de sus afectos.⁵⁶

2. Nada puede crecer indefinidamente en un planeta con límites

El planeta Tierra cuenta con una cantidad finita de materiales y por tanto la extracción y uso de los mismos no puede ser ilimitada. Los sumideros que degradan los desechos y residuos que genera cualquier actividad, también presentan límites.

Llamamos recursos naturales a los bienes, servicios o funciones útiles del medioambiente que satisfacen necesidades humanas (o más bien en muchos casos, deseos). Son recursos tanto las fuentes de energía libre y



materiales ordenados, como los sumideros (vertederos) de energía disipada y materiales degradados⁵⁷.

Los recursos no renovables (o renovables sólo en tiempo geológicos) están limitados por la cantidad total disponible. Los renovables no están limitados en cantidad si el uso es prudente y respeta sus ritmos de regeneración. La energía solar no está limitada por la cantidad total ni por la tasa de uso, pero sí lo está por el hecho de que la estructura de captación (los seres que realizan la fotosíntesis o las placas solares) es finita.

Si el planeta está sujeto a límites, tanto desde el punto de vista de las fuentes de recursos como de las posibilidades de degradar residuos, en su seno nada puede crecer indefinidamente, ya sea una persona, un encinar, un arrecife coralino, ... El ineludible hecho de que el sistema económico se encuentre dentro del sistema de la biosfera, de que requiera materiales y energía, así como emitir residuos y calor, implica que no pueda plantearse en términos de crecimiento ilimitado.

En la naturaleza nada crece ilimitadamente. Una persona, un bosque o una población, antes o después, encuentra factores que limitan su desarrollo continuo.

A lo largo de la historia diversas civilizaciones humanas, han decaído al sobrepasar los límites físicos de sus territorios. En el momento actual lo que se ve afectada a una veloci-

dad cada vez más rápida es la base de recursos planetaria.

El uso presente de recursos no renovables (petróleo, minerales, etc.) es lesivo para las generaciones futuras y refleja la práctica absurda de celebrar como riqueza la desaparición irreversible del patrimonio natural.

Puesto que no es posible un crecimiento económico indefinido dentro de una biosfera de recursos y sumideros finitos y que los límites ya han sido superados, el camino hacia la sostenibilidad está forzosamente marcado por la disminución de la extracción y la generación de residuos.

Cada recurso utilizado por la economía, ya sea alimentos, agua o minerales, está limitado tanto por sus fuentes como por sus sumideros, pero estos límites son difíciles de fijar porque ambos, fuentes y sumideros, forman parte de un sistema, la biosfera, que es dinámico y está interconectado. Así una parcela de tierra, por ejemplo, puede ser fuente de cosechas de alimentos y, a la vez, un sumidero de lluvia ácida o de CO², procedente de la utilización de combustibles fósiles.

Los datos de huella ecológica publicados por WWF⁵⁸, ponen de manifiesto la superación de los límites de la capacidad de carga del planeta a nivel global por encima de un 30%, aunque de una manera desigual por parte de los distintos países. El informe advierte de que si las demandas continúan al



ritmo de crecimiento actual, se necesitarían el equivalente a dos planetas para el año 2030.

Cada vez necesitamos más flujos de energía y materiales para mantener el ritmo de producción y consumo de las sociedades del exceso y despilfarro, invadidos por objetos superfluos en su mayoría. Las personas que habitamos las sociedades occidentales “poseemos una media de 10.000 objetos frente a los 236 de los indios Navajo”⁵⁹.

Ya hemos comentado cómo, durante el siglo XX, la humanidad pasó de vivir de lo que en términos ecológicos se puede describir como un mundo vacío, a vivir en un mundo lleno. La época en que las sociedades humanas y sus economías tenían poco impacto sobre la biosfera pertenece al pasado. Según un grupo de científicos dirigidos por Mathis Wackernagel puede decirse que fue 1980 el momento en que las demandas globales de la humanidad (que extrae recursos de las fuentes de la biosfera y deposita residuos y contaminación en sus sumideros, además de depender de las funciones vitales básicas más generales que proporciona la biosfera) superaron por primera vez la capacidad regenerativa de la Tierra. Dos décadas más tarde las demandas humanas superaban esa biocapacidad en un 20% aproximadamente⁶⁰. Nos hallamos, desde entonces, en una situación progresivamente insostenible.

Inevitablemente, la organización de las sociedades, los criterios económicos y los principios de convivencia que se establecen en un mundo lleno son diferentes a los que se desarrollaron en el pasado para un mundo vacío. La insostenibilidad de seguir creciendo materialmente en un planeta con límites, deja como única opción la reducción radical de la extracción de energía y materiales, así como la fuerte restricción en la generación de residuos, y esto hasta ajustarse a los límites de la biosfera. Nuestro modelo económico, al amparo del paradigma económico neoclásico, ha sido capaz de generar un enorme desarrollo industrial y abundancia de mercancías, pero lo ha hecho a costa de poner en peligro el futuro de la humanidad y de generar situaciones de miseria en gran parte del planeta.

“Se puede decir que este sistema, a pesar de sus avances industriales, es el único de la historia que ha creado hambre masiva y persistente, el único que ha puesto en peligro el futuro de la humanidad y ha comprometido la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus necesidades”⁶¹.

Parece, pues, que la lógica que se esconde detrás del crecimiento monetario como objetivo principal es incapaz de satisfacer las necesidades vitales de la mayoría de la población, deteriora de forma irreversible la naturaleza, agota y destruye los recursos naturales, genera violencia e inseguridad, difi-



culta las relaciones comunitarias, destruye los saberes tradicionales más sostenibles, provoca la quiebra del sistema de cuidados que posibilita la reproducción social y construye un concepto de riqueza y de bienestar ajeno a todo lo que no sea acumular dinero. Mientras no salgamos del paradigma económico que hace del fundamentalismo del crecimiento su centro, economía, sostenibilidad y equidad seguirán siendo incompatibles.

Reducir el tamaño de una esfera económica basada en la extracción y generación de residuos no es una opción que podamos o no escoger. El agotamiento del petróleo y de los minerales, el cambio climático y los desórdenes en los ciclos naturales, van a obligar a ello. La humanidad va a tener que adaptarse en cualquier caso a vivir extrayendo menos de la Tierra y generando menos residuos. Esta adaptación puede producirse por la vía de la pelea feroz por el uso de los recursos decrecientes o mediante un proceso de reajuste decidido y anticipado con criterios de equidad.

3. Librarnos del crecimiento: menos para vivir mejor

Hoy nos encontramos ante una trampa. Si nuestro sistema económico crece, arrasa los sistemas naturales, genera unas enormes

desigualdades sociales y pone en riesgo el futuro de los seres humanos, pero si no crece, se desvertebra la sociedad con una enorme conflictividad social y un gran sufrimiento por parte de los sectores más desfavorecidos.

Necesitamos, por tanto, salir de esta lógica perversa. La imposibilidad del crecimiento desbocado en un planeta con límites, dejan como única opción la reducción radical de la extracción de energía y materiales, así como la generación de residuos, hasta ajustarse a los límites de la Biosfera. Mientras no salgamos del fundamentalismo económico del crecimiento por el crecimiento, sin valorar la naturaleza de las producciones que lo sostienen, el proceso económico seguirá siendo incompatible con la sostenibilidad y la equidad.

Una razonable reducción de las extracciones de la biosfera obliga a plantear un radical cambio de dirección. Descolonizar el "imaginario económico"⁶² y cambiar la mirada sobre la realidad, promover una cultura de la suficiencia y la autocontención, cambiar los patrones de consumo, reducir drásticamente la extracción de materiales y el consumo de energía, controlar la publicidad, apostar por la organización local y las redes de intercambio de proximidad, restaurar la agricultura campesina, disminuir el transporte y la velocidad y aprender de la sabiduría acumulada en las culturas sostenibles y los trabajos que his-



tóricamente han realizado las mujeres, son algunas de las líneas directrices del cambio de la sociedad del crecimiento a una vida humana que se reconozca como parte de la biosfera.

a) *Vivir bien con mucho menos: principio de suficiencia*

Georgescu-Roegen, ante la pregunta de qué puede hacer la humanidad ante la crisis actual destaca “la necesidad de reducir el consumo para reducir el agotamiento de nuestros recursos vitales al mínimo compatible con una supervivencia razonable de la especie. (...) No cabe duda de que debemos adoptar un programa de austeridad (...) Además de renunciar a todo tipo de instrumentos para matarnos los unos a los otros, también deberíamos dejar de calentar, enfriar, iluminar, correr en exceso, y así sucesivamente⁶³”.

En una economía circunscrita a los límites de la Biosfera, la energía fósil deberá tender a desaparecer. Si descartamos por sus riesgos, sus costes y por estar basada en un recurso no renovable la energía nuclear, sólo nos quedan las energías renovables, es decir: la solar, la eólica y, en una pequeña parte la biomasa e hidráulica. Esto dos últimos recursos, debiendo ser compartidos con otros usos distintos a la producción de energía como es la alimentación, necesariamente tienen que ser utilizados a escala limitada.

Las renovables limpias son la verdadera fuente de energía del futuro, pero no para las formas de uso a las que están acostumbradas las sociedades industriales y menos en un marco de crecimiento. Podemos vivir con renovables, pero con estilos de vida mucho más sencillos. No dan para una movilidad masiva en coche, para puentes de tres días en la otra punta de Europa, para vacaciones anuales en otro continente, para usar el aire acondicionado a nivel particular o para tener segundas residencias que se ocupan 50 días al año.

La reducción de la extracción es necesaria también para otros minerales, que también se aproximan a su propio pico de extracción o incluso para bienes renovables, como el agua, que ya son escasos, no sólo por problemas de coyuntura, sino por problemas estructurales derivados del enorme incremento de la escala de uso.

Paradójicamente, se sigue animando desesperadamente a consumir de una forma exagerada. La exigencia de gobernantes y actores económicos de que las personas gasten cada euro que tengan en el bolsillo para reactivar la economía, pone de manifiesto la falacia de la soberanía del consumidor. Más bien nos encontramos encadenados a la obligación de consumir lo que sea para que no se desplome un modelo económico extremadamente irracional.



En un mundo lleno y progresivamente devastado, la estrategia a adoptar es la de “cartilla de racionamiento”. No se trata de que la oferta responda a los deseos de las personas, sino de saber cuánto es razonable consumir y gestionar la demanda para que se corresponda con lo que es físicamente posible.

b) Una producción ligada al mantenimiento de la vida y no a su destrucción

La convicción de que tanto la tierra como el trabajo son sustituibles por capital propició que la economía se centrara sólo en el mundo del valor monetario, olvidándose del mundo físico y material.

Al reducir la consideración de valor a lo monetario, muchas cosas quedan ocultas a los ojos del sistema económico. Suman positivamente el valor mercantil de lo producido, pero no restan los deterioros asociados o la merma de riqueza natural. Al contabilizarse sólo la dimensión creadora de valor económico y vivir ignorantes de los efectos negativos que comporta esa actividad, se alentó el crecimiento de esa “producción” (en realidad extracción y transformación) de forma ilimitada, cifrándose el progreso de la sociedad en el continuo aumento de los “bienes y servicios” obtenidos y consumidos.

Esta forma de razonar sitúa el objetivo de la economía en incrementar las producciones sin que importe la naturaleza de las mismas, celebrándose el crecimiento de actividades que son a todas luces dañinas para el conjunto de las personas y el medio ambiente, que crecen a expensas del deterioro los servicios ecosistémicos y de invisibilizar los tiempos de trabajo necesarios para la reproducción social.

La ceguera de los instrumentos económicos ante los motivos reales de la bonanza económica de los últimos años (el crecimiento excesivo del crédito y la burbujas inmobiliaria, la hipertrofia de determinados sectores o la dependencia de la financiación exterior,) pone de manifiesto la necesidad de olvidar indicadores como el PIB para interpretar el éxito económico y adoptar un conjunto de indicadores que consideren otras dimensiones como son los flujos físicos, la apropiación de la producción primaria neta o los tiempos necesarios para las tareas de cuidados.

Para que la producción pueda estar asociada al mantenimiento de las condiciones de vida, es necesario volver a algunas preguntas básicas, tal y como se propone desde la economía feminista ¿Cuáles son las necesidades que hay que satisfacer? ¿Que es lo que hay que producir para satisfacerlas de forma equitativa?



En los mercados capitalistas, la obligación de acumular determina las decisiones que se toman sobre qué se produce, cómo y cuánto se produce, acerca de cómo estructurar los tiempos, los espacios o las instituciones legales.

Desde el punto de vista de la sostenibilidad, la economía debe ser el proceso de satisfacción de las necesidades que permiten el mantenimiento de la vida para todas las personas. Este objetivo no puede compartir la prioridad con el lucro. Si prima la lógica de la acumulación, las personas no son el centro de la economía. El beneficio no se puede conciliar con el desarrollo humano, o es prioritario uno, o lo es el otro y esta opción determina las decisiones que se toman en lo social y en lo económico.

Biomímesis, una forma de producir compatible con la naturaleza

J. Riechmann expone que la naturaleza nos proporciona el modelo para una economía sostenible y de alta productividad. La economía de la naturaleza es "cíclica, totalmente renovable y autorreproductiva, sin residuos, y cuya fuente de energía es inagotable en términos humanos: la energía solar en sus diversas manifestaciones (que incluye, por ejemplo, el viento y las olas). En esta economía cíclica natural cada residuo de un proceso se

convierte en la materia prima de otro: los ciclos se cierran⁶⁴".

Estas son las mejores pautas para reconvertir los procesos productivos hasta hacerlos compatibles con la naturaleza. Cara a favorecer el cierre de ciclos de materiales, Naredo ha planteado que, además de registrarse los costes de la extracción y manejo de los minerales de la corteza terrestre, deben consignarse los costes de reposición, es decir de transformación de los residuos en recursos naturales ya que de lo contrario, al no restar en las cuantías la degradación, se favorece el deterioro del patrimonio natural.

La fiscalidad ecológica, en esta línea pretende cambiar la base de los impuestos desde el valor añadido hacia el flujo material que se produce desde la extracción de recursos al sistema económico y la posterior vuelta de los residuos.

Promover los mercados locales y regionales y la distribución cercana será una necesidad en un mundo con las fuentes energéticas de origen fósil en declive y con una urgente necesidad de reducir emisiones de gases de efecto invernadero.

Además, resulta esencial exigir el principio de precaución, de forma que no se comercialicen o se extiendan tecnologías o productos que no hayan demostrado de una forma convincente que no son nocivas para el medio y para las personas. En la actualidad más bien



se imponen las “innovaciones” y se suponen inocuas hasta que se demuestre lo contrario.

*c) Un cambio radical
en el modelo de trabajo*

Una vez conocidas las necesidades que hay que satisfacer y qué hay que producir para hacerlo, la siguiente cuestión es determinar cuáles son los trabajos socialmente necesarios para esta producción.

Ajustarse a los límites del planeta requiere reducir y reconvertir aquellos sectores de actividad que nos abocan al deterioro e impulsar aquellos otros que son compatibles y necesarios para la conservación de los ecosistemas y la reproducción social.

Nuestra sociedad ha identificado el trabajo exclusivamente con el empleo remunerado. Se invisibilizan así los trabajos que se centran en la sostenibilidad de la vida humana (crianza, alimentación, cuidados a personas mayores o enfermas, discapacidad o diversidad funcional) que siendo imprescindibles, no siguen la lógica capitalista. Si los cuidados y la reproducción social siguiesen una lógica de mercado, muchas personas no podrían simplemente sobrevivir.

El sistema capitalista no puede pagar los costes de reproducción social, ni tampoco puede subsistir sin ella, por eso esa inmensa cantidad de trabajo, impregnada de la carga

emocional y afectiva que les acompaña, permanecen ocultos y cargados sobre las espaldas de las mujeres. Ni los mercados, ni el estado, ni los hombres como colectivo se sienten responsables del mantenimiento último de la vida. Son las mujeres, organizadas en torno a redes femeninas en los hogares las que responden y actúan como reajuste del sistema. Cualquier sociedad que se quiera orientar hacia la sostenibilidad debe reorganizar su modelo de trabajo para incorporar las actividades de cuidados como una preocupación social y política de primer orden.

El espinoso tema del empleo

Pero además es necesaria una gran reflexión sobre el mundo del actual empleo remunerado. El gran escollo que se suele plantear al hablar de transición hacia un estilo de vida mucho más austero es el del empleo. Históricamente, la destrucción de empleo ha venido en los momentos de recesión económica. Es evidente que un frenazo en el modelo económico actual termina desembocando en el despido de trabajadores y trabajadoras. Sin embargo, algunas actividades deben decrecer y el mantenimiento de los puestos de trabajo no puede ser el único principio a la hora de valorar los cambios necesarios en el tejido productivo. Hay trabajos que no son socialmente deseables, como son la fabricación de armamento, las centrales nucleares,



el sector del automóvil o los empleos que se han creado alrededor de las burbujas financiera e inmobiliaria. Las que sí son necesarias son las personas que desempeñan esos trabajos y por tanto, el progresivo desmantelamiento de determinados sectores tendría que ir acompañado por un plan de reestructuración en un marco de fuertes coberturas sociales públicas que protejan el bienestar de trabajadores y trabajadoras.

Una red pública de calidad de servicios básicos como son la educación, la sanidad, la atención a personas mayores, enfermas o con diversidad funcional requiere personas. Igualmente las tareas de rehabilitación, de reparación, las que giran en torno a las energías renovables o a la agricultura ecológica pueden generar empleo; en general, todas las que tengan que ver con la sostenibilidad, necesitan del esfuerzo humano.

La disminución de la jornada laboral y el reparto de todos los tiempos de trabajo necesario (remunerado y doméstico) podrían permitir articular otra sociedad diferente. Por una parte, parece razonable repartir el trabajo remunerado y disminuir la jornada en un momento en que hay un paro dramático, y además, está todo el que no contabiliza, pero es imprescindible para la vida, que también debe ser repartido.

No es descabellado plantear que las empresas no pueden aspirar a seguir manteniendo o

incluso a hacer crecer sus beneficios en medio de esta crisis, sobre todo cuando se está haciendo caer todo el peso de la recuperación de la tasa de ganancia sobre el conjunto de la población.

Ahora, la disminución de los beneficios se repercute directamente sobre los puestos de trabajo asalariados, pero podría repercutir sobre los “bonus” y reparto de dividendos a accionistas o sobre algunos salarios, que muy bien podrían bajar sin poner en peligro la subsistencia de quienes los perciben. Además, es preciso tener en cuenta que existen fórmulas empresariales, como las cooperativas, en las que el objetivo primordial no es maximizar el beneficio, sino el mantenimiento de los puestos de trabajo.

d) Reconstruyendo lo colectivo, potenciar la cooperación

Pero nuestro “mundo lleno” ha de ser pensado también como un mundo sin alrededores. Todas las explicaciones que se ofrecen para aclarar lo que significa la globalización se contienen en la idea de que el mundo se ha quedado sin alrededores, sin márgenes, sin afueras, sin extrarradios⁶⁵. Nuestro mundo es un sistema, lo cual significa que no deja nada fuera de sí, lo que contiene todo, vincula e integra de manera que no queda nada suelto, aislado, independiente, en su exterior.



“La mayor parte de los problemas que tenemos se deben a esta circunstancia o los experimentamos como tales porque no nos resulta posible sustraernos de ellos o domesticarlos fijando unos límites tras los que externalizarlos (...) Tal vez pueda formularse con esta idea de la supresión de los alrededores la cara más benéfica del proceso civilizador y la línea de avance en la construcción de los espacios del mundo común. Sin necesidad de que alguien lo sancione expresamente, cada vez es más difícil 'pasarle el muerto' a otros, a regiones lejanas, a las generaciones futuras, a otros sectores sociales⁶⁶”.

En un mundo sin alrededores, donde la crisis ecológica, la salud pública, los mercados, la tecnología o la política acaban afectando a lo global y a lo local, la interdependencia es una realidad insoslayable de la que depende la supervivencia de la especie humana. Para salir de nuestra difícil situación nos enfrentamos a la necesidad de cooperar y articular estrategias colectivas.

La especie humana ha coevolucionado conjuntamente con otros millones de seres vivos y con la biosfera como un todo. A través del proceso histórico de la evolución se ha generado toda una compleja red de interacciones vitales de cooperación entre los seres vivos que configura en su conjunto la conservación de los ecosistemas. Así, en la naturaleza todo está interrelacionado y, entre las especies pre-

dominan las relaciones de simbiosis, relaciones de dependencia entre dos o más especies diferentes, relaciones de cooperación, frente a las de competitividad.

“Cooperar y no competir, nos hizo humanos. La intensa socialidad de todos los primates, todavía mucho más desarrollada en nuestra propia especie, es uno de los rasgos de nuestra naturaleza⁶⁷”. En esta línea, la microbióloga Lynn Margulis⁶⁸ defiende, a partir de sus trabajos de investigación, que la simbiosis es el principal motor de la evolución y que la mayoría de las adquisiciones de caracteres de los seres vivos pluricelulares son producto de la incorporación simbiótica de, principalmente, bacterias de vida libre. Ella considera que las ideas de Darwin y las teorías neodarwinistas sobre evolución, basadas en la competencia, están incompletas y reivindica que la evolución está fuertemente apoyada en la cooperación, la interacción, y dependencia mutua entre organismos.

Si en el espacio del trabajo de cuidados comprobamos que hombres y mujeres asumen responsabilidades muy diferentes, también es posible encontrar profundas diferencias en el espacio de la economía de mercado. El acceso al empleo y las condiciones laborales de mujeres y hombres difieren en mucho, normalmente en perjuicio de las primeras. Esta ha sido la preocupación y el campo de denuncia de algunas economistas. A ellas



debemos conceptos como “doble jornada”, “conciliación de la vida laboral y familiar”, “discriminación positiva” o “techo de cristal” (aquel que dificulta a mujeres acceder a responsabilidades laborales o políticas a las que acceden los hombres, teniendo méritos similares). Estas reflexiones se enmarcan dentro de lo que podría llamarse economía con enfoque de género⁶⁹.

Pero esta denuncia, aún siendo necesaria, resulta insuficiente, pues se ciñe al marco de la economía convencional y no llega a remover categorías económicas esenciales como pueden ser el concepto de trabajo, el de valor o la división económico-no económico. Las economistas feministas pretenden subvertir las premisas económicas establecidas. Partiendo del estudio de las relaciones entre trabajo doméstico y mercado, redefinen el marco de “lo económico” y ponen bajo sospecha las dicotomías que permiten su delimitación: trabajo/no trabajo, público/privado, mercado/gratuidad. Entre otros muchos trabajos han hecho el esfuerzo de asignar valor económico (en un sentido no necesariamente monetario del término) a las actividades tradicionalmente realizadas por las mujeres para hacer visible la magnitud de este olvido.

Los mercados, espacios públicos y racionales gobernados por el “Homo economicus”, se consideran independientes del ámbito doméstico. El “Homo economicus” es ese ser

que brota cada mañana como un champiñón⁷⁰ en el puesto de trabajo, alimentado, lavado, planchado, escuchado y descansado. El mercado parece ignorar que esa regeneración (salió del trabajo cansado y hambriento) se ha producido en el espacio privado, ese pequeño reino gobernado por la “reina de la casa”, en el que el Homo economicus recupera la energía física y emocional perdida durante el día. A la mañana siguiente, libre de toda responsabilidad doméstica, de nuevo el champiñón reaparecerá en la oficina, el taller o el mostrador. El hogar es un “trampolín invisible, flexible, elástico, que se recupera después de cada caída”⁷¹. En estas condiciones se hace posible el trabajo de mercado y se naturaliza la apropiación del trabajo doméstico. Salvo que el sujeto económico sea una mujer, en cuyo caso se hacen más complejas las condiciones de participación en ese espacio del mercado. “Para conciliar la vida familiar y la laboral las mujeres necesitan... una esposa”, se suele ironizar en los ámbitos feministas.

El mercado se nos presenta como protagonista de la actividad humana, aunque su aportación a nuestra supervivencia es mucho menor que la que tiene el trabajo doméstico. Para ejemplificar esta desproporción, La economía feminista usa la metáfora del iceberg⁷². Flotando en la superficie visible está el mercado. Debajo, haciéndolo flotar, con un tamaño mucho mayor, el trabajo de mantenimiento



de la vida⁷³. Dos partes bien diferenciadas, la principal escondida a la vista, pero ambas formando una unidad indivisible. Sobre el hielo sumergido del trabajo doméstico se apoya y asoma el bloque del empleo asalariado y la economía convencional.

Según Shiva, las sociedades humanas se mueven dentro del funcionamiento de tres esferas económicas: la economía de la naturaleza, la economía de la supervivencia y la economía de mercado. Ésta última ha crecido exponencialmente a costa de las otras dos, que no han hecho más que disminuir y deteriorarse. El problema es que ellas son la base de la última, pues conforman la economía de la vida.

La economía de mercado se desentiende de las necesidades básicas de la sociedad. Para Carrasco, entre la sostenibilidad de la vida humana y el beneficio económico, las sociedades occidentales han optado por este último. Esto significa que las personas no son el objetivo social prioritario, sino que están al servicio de la producción⁷⁴. Muy al contrario, las modernas sociedades de consumo se caracterizan por el individualismo y el fomento de la competitividad en la vida laboral y social. El consumismo se convierte en un fin en sí mismo, pasando a ser el objeto de la vida de las personas, en el que se basa el éxito y el reconocimiento social. El aislamiento del individuo urbano ha constituido una de las

estrategias centrales de la economía de mercado para maximizar el consumo de mercancías y servicios monetizados.

Numerosos estudios sociológicos que relacionan el grado de felicidad con el nivel de ingresos como el realizado entre 1990 y 2000 en más de 65 países, indican que ingresos, y por tanto consumo, y felicidad suelen aumentar en paralelo hasta un punto umbral de unos 13.000 dólares de ingresos anuales. Entonces, a partir de ese valor el aumento del consumo supone incluso un descenso en las percepciones de felicidad⁷⁵.

Muchas personas están cuestionando su forma de vida, buscan alternativas, fomentando la articulación comunitaria a nivel de barrios o ciudades de menor escala. A través de un fomento de los bienes relacionales, una economía de compartir no monetizada, que pone en el centro la vida y los cuidados, tradicionalmente desempeñados por las mujeres.

Existen numerosas alternativas comunitarias que tratan de reinventar lo colectivo: los proyectos de ecoaldeas, las ciudades en transición, los movimientos de campesinos e indígenas por la soberanía alimentaria, los grupos de consumo de productos ecológicos, las monedas locales, las redes de trueque o los bancos de tiempo, el movimiento de ciudades lentas y en general aquellas iniciativas que potencian el apoyo mutuo, las relaciones de



vecindad y la participación en la toma de decisiones que afectan a la comunidad.

El ser humano presenta, como mínimo, tres pulsiones básicas: el deseo primario de placer corporal, el deseo de vínculo social y el deseo de multiplicación de las posibilidades. Según Marina⁷⁶, los tres tipos de deseos tienen su lado bueno y su lado malo. El sistema económico dominante engrana con el primero y el tercero (la búsqueda del placer y la multiplicación de posibilidades). Para una disminución del consumo material razonable es preciso desarrollar el segundo de los deseos básicos a partir de las relaciones personales y los procesos comunitarios.

Se trata de estimular la “producción” de lo que Mauro Bonaiuti ha llamado bienes relacionales⁷⁷. Por bienes relacionales se entiende ese tipo de “bienes” de los que no se puede disfrutar aisladamente sino únicamente en el marco de una relación entre el que ofrece y el que demanda, como por ejemplo los servicios a las personas (cuidados, bienestar, asistencia) pero también los servicios culturales, artísticos o espirituales.

Esta producción de bienes relacionales es propia de la “economía del cuidado” sobre la que han llamado la atención muchas pensadoras feministas.

Para Riechmann, podría afirmarse que el estado produce bienes públicos, el mercado bienes privados y el “tercer sector” (incluyen-

do la producción doméstica garantizada sobre todo por las mujeres) bienes relacionales colectivos propios de una “economía del compartir”⁷⁸.

Una posible vía de decrecer en la extracción y generación de residuos a la vez que se potencia la cooperación sería favorecer el desplazamiento de la demanda de producción de bienes materiales tradicionales -de alto impacto ambiental- a los bienes relacionales, para los cuales la economía solidaria o civil dispone de una ventaja comparativa específica. Las consecuencias de un cambio así en términos ecológicos son muy deseables ya que la producción social utiliza cantidades radicalmente menores de materia y energía respecto a la producción material. Produce un desgaste muy limitado de recursos que se traduce en niveles elevados de valor y bienestar. Por otro lado, se sustenta en la actividad humana y no es sustituible por la tecnología tal y como ocurre en las industrias tradicionales. Se trataría por lo tanto de reducir drásticamente la producción de bienes de consumo a favor de bienes durables y relacionales, superando la ceguera de la economía neoclásica al reducir el bienestar y el valor al flujo de bienes que somos capaces de consumir.

Podemos ver de una manera muy clara el vínculo entre sostenibilidad ecológica y sostenibilidad económico-social. La expansión de la economía solidaria, a través de la produc-



ción de bienes relacionales, no sólo crea valor económico allí dónde es posible reducir la degradación de la materia/energía, sino que constituye una vía potente para la realización de una economía justa, reequilibrando el proceso de concentración de la riqueza al que estamos asistiendo actualmente. Muchos de los bienes y servicios podrían en un futuro ser llevados a cabo de acuerdo a los criterios de la economía solidaria por organizaciones sin ánimo de lucro, entre otros la producción agrícola y alimentaria de calidad, la producción de energía sobre una base local, la artesanía, los servicios, sólo para citar algunos ejemplos⁷⁹.

En las sociedades enriquecidas hay una demanda específica de calidad de vida. Pero esta demanda no se puede satisfacer a través de la producción de una cantidad mayor de bienes tradicionales. Es más bien una demanda de atención, de cuidados, de conocimientos, de participación. La producción de este tipo de bienes implica una degradación de cantidades muy modestas de materia y energía. Pueden en todo caso representar una parte importante de la futura producción de valor.

En los países empobrecidos esto significa ante todo que es preciso evitar la destrucción de los vínculos sociales, las redes familiares, en nombre de un desarrollo que nunca podrá,

por razones ecológicas y económicas, asumir las características del desarrollo occidental.

e) *Igualdad y distribución de la riqueza*

Tradicionalmente, se defiende que la distribución está supeditada al crecimiento de la producción. La economía neoclásica presenta una receta mágica para alcanzar el bienestar: incrementar el tamaño de la "tarta", es decir, crecer, soslayando así la incómoda cuestión del reparto. Sin embargo, hemos visto que el crecimiento contradice las leyes fundamentales de la naturaleza y que no puede tener más que un carácter transitorio y a costa de generar una gran destrucción. Así, el bienestar vuelve a relacionarse con la cuestión esencialmente política de la distribución.

El reparto de la tierra será en el futuro un asunto nodal. La tarea será sustraer tierra a la agricultura industrial, a la especulación urbanística, a la expansión del asfalto y el cemento y ponerla a disposición de sistemas agroecológicos locales.

La exploración de propuestas como la renta básica de ciudadanía o los sueldos complementarios se hace urgente. Igualmente sería interesante considerar la posibilidad de establecer una renta máxima. Del mismo modo que existen muchos empleos precarios e insuficientemente remunerados, hay personas



que podrían disminuir el salario neto sin que se viesan afectadas sus condiciones de vida.

Reducir las desigualdades nos sumerge en el debate sobre la propiedad. Paradójicamente nos encontramos es una sociedad que defiende la igualdad de derechos entre las personas que la componen y que sin embargo asume con toda naturalidad enormes diferencias en los derechos de propiedad. En una cultura de la sostenibilidad habría que diferenciar entre la propiedad ligada al uso de la vivienda o el trabajo de la tierra, de aquellas otras ligadas a la acumulación ya sea en forma de bienes inmuebles o productos financieros y poner coto a éstas última, ya que suponen situar fuera del alcance de otras personas la posibilidad de satisfacer necesidades básicas.

Cara a limitar la acumulación y reducir gradientes de desigualdad es fundamental modificar el sistema monetario internacional para establecer regulaciones que limiten la expansión financiera globalizada, regular la dimensión de los bancos, controlar su actividad, aumentar el coeficiente de caja, limitar las posibilidades de creación de dinero financiero y dinero bancario y suprimir los paraísos fiscales de modo que no constituyan vías de escape para que los oligarcas sitúen su patrimonio y negocios fuera de las leyes estatales.

Apostar por la redistribución equitativa de la riqueza supone unos servicios públicos

fuertes, una fiscalidad progresiva y que la prioridad del gasto público se oriente al bienestar: sanidad, educación, protección y cuidado de la población.

En definitiva, se trata de cambiar los criterios que hoy prevalecen por otra racionalidad económica que se someta a las exigencias sociales y ambientales que permiten el mantenimiento de la vida. Orientar las decisiones económicas hacia la igualdad no es sólo cuestión de normativa o instrumentos económicos, sino de impulsar también cambios culturales en dirección contraria de los que se han venido estimulando en las últimas décadas.

*f) Tejer alianzas:
construir mayorías*

En el momento actual, dentro de los movimientos sociales y políticos que defienden la necesidad de una transformación que conduzca a la sostenibilidad ecológica y humana y a la justicia social, la potencia del análisis crítico de la realidad y las propuestas de cambio no guardan relación con las escasas fuerzas que existen para forzar estos cambios. Nos encontramos en un momento que reúne todas las condiciones de una situación prerrevolucionaria sin sujetos revolucionarios⁸⁰.

Aunque cada vez son más las iniciativas y movimientos de todo tipo que comparten análisis y cuyas propuestas son convergentes



y no excluyentes, aún se está lejos de confluír y articular una base sólida que exija y apoye los cambios necesarios.

Si queremos forzar cambios, habrá que dar la batalla en el ámbito de las ideas, en los planos económico, ecológico, social y político. Pero sobre todo será necesario construir poder colectivo y sumar mayorías que puedan impulsar y exigir un cambio.

En la tarea de tejer alianzas, el diálogo entre el movimiento sindical y el ecologista presenta una especial relevancia. Desde el ecologismo es preciso involucrarse en la construcción de transiciones justas hacia otro modelo productivo que garantice la protección de trabajadores y trabajadoras. Desde el movimiento sindical es necesario afrontar los límites físicos que existen para la expansión del modelo actual e implicarse en la búsqueda de alternativas que sean viables y que no sometan a las personas riesgos más graves de los que se quieren evitar.

No cabe pensar que el colapso social y ambiental venga en nuestra ayuda. Si no somos capaces de articular movimiento, lo

que venga detrás de este capitalismo puede ser aún peor.

Para ello tendremos que superar viejas tendencias en la forma de militar o de ser activista que han hecho de cada diferencia un motivo de fragmentación, que han convertido en enemigo a aquel del que menos nos separaba.

Desarrollar la crítica feroz es fácil, estamos muy acostumbrados a ello. Es más difícil buscar acercamientos, convivir con algunas diferencias, acostumbrarnos a hacer trechos de camino en una dirección que nos convenga sin romper demasiado pronto porque la meta a la que queremos llegar no es exactamente igual.

Los seres humanos evolucionaron gracias a la cooperación y el apoyo mutuo y nosotros seguimos siendo seres humanos que sólo conseguiremos fuerza para imponer cambios a partir de la construcción colectiva, de la búsqueda incansable de acuerdos y del cuidado a lo único que tenemos para dar la batalla: nuestros compañeros y compañeras.

No queda otra. O sumamos o preparémonos para la que se avecina.



Notas

1. Meadows, D. H. (1972): Los límites al crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
2. Meadows, D., Randers, J. y Meadows, D. (2004) Limits to growth: the 30 years update. White River Junction (UT) Chelsea: Green.
3. García, E. (2005) El Cambio más allá de los límites al crecimiento: un nuevo referente para el realismo en la sociología ecológica. Valencia. Universidad de Valencia. p. 115.
4. Reid, W. dir. (2005) Informe evaluación ecosistemas del milenio www.millenniumassessment.org, fecha descarga 17 julio 2010.
5. UNIA (2008). Manifiesto de la UNIA sobre el papel de la Ciencia y el Arte ante el Cambio Global. Aula de Sostenibilidad. Universidad Internacional de Andalucía.
6. Vilches A. y Gil Pérez D. (2009) Una situación de emergencia planetaria a la que debemos y podemos hacer frente en Ministerio de Educación (2009) Educar para el Desarrollo Sostenible. Madrid, Revista de Educación, nº extraordinario 2009 p.104.
7. Sachs, L. (2008) Economía para un planeta abarrotado. Barcelona. Debate p.101.
8. Riechmann, J. (2003) Tiempo para la vida. La crisis ecológica en su dimensión temporal. Málaga. Ediciones del Genal p. 22.
9. Tal y como defiende Boaventura Souza Santos en Santos, B. S.(2005) El milenio huérfano. En sayos para una nueva cultura política. Madrid. Trotta.
10. Latouche, S. (2008) "La apuesta por el decrecimiento". Icaria.
11. Naredo J.M. (2006) Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas. Madrid. Siglo XXI. p. 47.
12. Naredo Íbidem p. 54.
13. Passet, R (1996) Principios de bioeconomía . Madrid. Fundación Argentaria (La primera edición se publicó en París en 1990) p.82.
14. Morin, E (2005) Introducción al pensamiento complejo. Barcelona. Gedisa p.30 y 31.
15. Fernández Durán, R. (2010) El Antropoceno: la crisis ecológica se hace mundial. La expansión del capitalismo global choca con la Biosfera. Madrid y Barcelona. Coeditores. Virus y Libros en Acción p.4.
16. Fernández Durán, R. (2010) Op. Cit. p.4.
17. Fernández Durán, R. (2010) Íbidem p. 4 y 5.
18. Fernández Durán, R. (2010) Íbidem p.4.
19. Daly, H. (1997) De la economía del mundo vacío a la economía del mundo lleno en Goodland, R., Daly, H., El Serafy, S. y von Droste, B. Medio ambiente y desarrollo sostenible; más allá del Informe Brundtland, Madrid. Trotta p. 37-50.
20. Hubbert, K. (1949) Energy from Fossil Fuels en Science vol 199. www.eoearth.org . Fecha descarga 12-07-2010.
21. Herrero, Y. (2009) Una mirada crítica al concepto de Progreso en Ecologistas en Acción (2009) Claves del Ecologismo Social Madrid. Libros en Acción. p. 12.
22. Fernández Durán, R. (2010) Íbidem p.5.
23. Moreno, JM (coord) (2005) Principales conclusiones de la evaluación preliminar de los impactos en España por efecto del cambio climático. Madrid. Ministerio de Medio Ambiente.
24. Duarte, C. (coord) (2006) Cambio Global. Impactos de la actividad humana sobre el sistema Tierra. Madrid. CSIC.
25. IPCC (2007) Informe de Síntesis. www.ipcc.ch/pdf/assessment-report/ar4/syr/ar4_syr_sp.pdf Fecha descarga 12-09-2010.
26. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en México (2008) Guía de Recursos de género para el cambio climático. México, PNUD, p. V.
27. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en México (2008), Íbidem, p.VI.
28. Hubbert, K. (1949) Íbidem.
29. Fernandez Durán R. (2008) Crepúsculo de la era trágica del petróleo. Pico del oro negro y colapso financiero y ecológico mundial. Madrid/Barcelona Coedición Virus y Libros en Acción p.27.
30. Estos procesos industriales de riesgo pueden dar lugar a catástrofes ecológicas como el vertido de crudo en el Golfo de México causado por la petrolera BP
31. Ballenilla, M. y Ballenilla, F. La Tasa de Retorno Energético. Revista El Ecologista, nº 55. 2007.
32. Naredo, J.M. (2006) Íbidem p. 47.
33. Martínez Alier, J. (2005) Op. Cit.
34. Mensaje de Fundecol del 11 de marzo de 1999. Las concheras son mujeres que recolectan conchas para la venta y su propia subsistencia. En Martínez Alier, J. (2004) El ecologismo de los pobres. Barcelona. Icaria p.116.
35. Martínez Alier, J (2009) ¿Ecologismo feminista? Mientras Tanto nº 82 p.56.
36. Guha, R. (2000) The environmentalism an the Poor and the Global Movement for Environmental Justice. Viena Brandes und Apsen p.105-136.
37. Oberhuber, T. (2004) "Camino de la sexta gran extinción" en Revista Ecologista , n.41. Madrid. Ecologistas en Acción.
38. Oberhuber, T. (2004) Íbidem.

39. PNUD (2005) Informe sobre Desarrollo Humano. Mundi Prensa y PNUD.
40. PNUD (2004) Informe Mundial sobre el Desarrollo Humano Mundi Prensa y PNUD.
41. Latouche, S. (2008) La apuesta por el decrecimiento Barcelona Icaria p. 51
42. WWF (2010) Planeta Vivo. Informe 2010. Biodiversidad, bio capacidad y desarrollo. Madrid. WWF España. p. 38 y 39.
43. Martínez Alier, J. (2004) El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración. Icaria.
44. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en México (2008) Íbidem p.25.
45. Novo (2006) Íbidem p. 333.
46. Herrero, Y. (2006) Ecofeminismo: una propuesta de transformación para un mundo que agoniza . Cuadernos Mujer y Cooperativismo noviembre 2006 n.8 UCMTA.
47. Citado por Talberth, J (2008) Íbidem p.68.
48. Elizalde, A. (2002) Otro sistema de creencias como base y consecuencia de una sustentabilidad posible en Leff, E. (coord) (2002) Ética, vida y sustentabilidad. Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente. México.
49. Shiva, V. (2006) Manifiesto para una democracia de la Tierra. Editorial Paidós, Barcelona.
50. Carpintero, O. (2005). El metabolismo de la economía española. Recursos naturales y huella ecológica (1955 – 2000). Madrid. Fundación César Manrique.
51. Carpintero, 2005. Ibidem.
52. Ecologistas en Acción (2008) Tejer la vida en verde y violeta. Vínculos entre ecologismo y feminismo. Madrid. Ecologistas en Acción
53. Vega, P. (2004) Las mujeres y el deterioro ecológico provocado por el actual modelo territorial. ¿Cómplices o víctimas? Madrid, El Ecologista. Nº 39 pp-29-31 p.29.
54. Vega, P. (2004) Íbidem p.30.
55. Román, M. (2010) Seguridad y autonomía infantil: ¿a quién protegemos? En Aranda. G. et al (2010) VI Encuentro La Ciudad de los Niños. Derechos de la Infancia y Autonomía en las ciudades actuales. Madrid. Acción Educativa p.65-72.
56. Pérez Orozco, A. (2007). Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. Revista de Economía Crítica, 5.
57. García E. (2004) "Medio ambiente, y sociedad: la civilización y los límites del planeta" Editorial Alianza Ensayo.
58. WWF (2010) Op. Cit. p.17.
59. Latouche S. (2008) Op. Cit. p.52.
60. Wackernagel M.& Rees, W (2001). Nuestra Huella Ecológica. Reduciendo el impacto humano sobre la Tierra. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2001.
61. Bermejo, R. (2001) Economía sostenible. Principios, conceptos e instrumentos. Bilbao. Bakeaz p. 60.
62. Latouche, S. íbidem.
63. Georgescu-Roegen , N (1997). La ley de la entropía y el proceso económico. Fundación Argentina.
64. Riechmann, J. (2005) "Sobre biomimesis y autolimitación". Isegoría, nº 32 p. 95-118.
65. Innerarity, D. (2004) Un mundo sin alrededores. El Correo, 23 de mayo de 2004.
66. Innerarity, D. (2004) Op Cit.
67. Riechmann J. (2008) ¿En qué estamos fallando? VIII. Sobre socialidad humana y sostenibilidad. Barcelona. Icaria. p.322.
68. Margulis L. y Sagan D. (1995) Microcosmos: Cuatro mil millones de años de evolución desde nuestros ancestros microbianos. Barcelona. Tusquets Editores.
69. Pérez Orozco (2006) Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados. Madrid. Consejo Económico y Social.
70. Pérez Orozco, A. (2007). Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. Revista de Economía Crítica, 5. p.14.
71. Pérez Orozco (2006) Íbidem p. 215.
72. Anteriormente Daly había utilizado también esta metáfora para reflejar la invisibilidad del medio físico en los esquemas de representación de la lógica económica convencional.
73. Pérez Orozco (2006) Íbidem p. 203.
74. Carrasco (2001) La sostenibilidad de la vida humana ¿un asunto de mujeres? Mientras Tanto nº 82 p.43-70.
75. Gardner, C. y Assadourian, E. (2004). Reconsiderando la vida nueva. "La situación en el mundo 2004". Informe del Worldwatch Institute. Barcelona, FUHEM/Icaria.
76. Marina J. A.(2007) Las arquitecturas del deseo. Barcelona Anagrama, p.54.
77. Bonaiuti, M. (2006) A la conquista de los bienes relacionales en Colectivo Revista Silence, Barcelona. Leqtor, p. 42 y 43.
78. Riechmann J. (2008) Op.Cit. p. 317.
79. Bonaiuti M. (2006) Op. Cit. p.43.
80. Beck U. (1998) "La sociedad del riesgo". Paidós.



VIVIR BIEN CON MENOS. AJUSTARSE A LOS LÍMITES FÍSICOS CON CRITERIOS DE JUSTICIA



